

EL FUTURO DE DOÑANA

Jesús Casas Grande

Dr. Ingeniero de Montes.

Subdirector General de Espacios Naturales de ICONA.

RESUMEN

Hace cincuenta años, Doñana no existía. Suponía el vacío y el silencio.

Poca gente, ningún ruido. Un paraíso.

Hoy, es distinto: es el Parque Nacional más cuidado de Europa.

En veinticinco años, el Parque ha cobrado existencia, ha robustecido sus mecanismos de gestión, consolidado estrategias, ha formado gestores, ha creado modelos.

Pero no estamos seguros de que la fuerza adquirida por el Parque sea suficiente de cara al futuro. Todo ha de pasar por el desarrollo armónico y equilibrado del entorno que lo rodea, aquilatando la presión que se pueda ejercer sobre el espacio protegido, pidiendo espacios y distancias. Se resolverá así el problema de borde.

Resuelto éste, el futuro de Doñana depende del agua, siendo necesario mantener las aportaciones actuales (subterráneas y superficiales) y recuperando las que se perdieron en el pasado (Caños de Guadiamar y Travieso)

Doñana será así un espacio social con un núcleo protegido de valor indudable.

Ese es su futuro optimista.

ABSTRACT

Fifty years ago there was no Doñana, only virgin territory, a handful of people, no noise. Paradise.

That is all changed; Doñana is now the most cherished National Park in Europe.

In the last twenty-five years, the status of the Park has been recognized, its management has been safeguarded, policies have been consolidated, staff trained and patterns drawn up.

But we are not sure that this structure is strong enough to face the future with confidence. It all depends on the harmonious sensitive development of the surrounding region, estimating the pressures that may be brought to bear on the protected area, demanding space and distances. This will solve the problem of the Park boundaries.

Then the future will depend on water supply: the present sources (ground and surface) must be preserved, and those that were lost in the past (Caños de Guadiamar and Travieso) must be reclaimed.

Doñana will thus become an organized society with, at its heart, a protected area of unquestionable value. That is its optimistic future.



Hace apenas unos días hemos celebrado el veinticinco aniversario de Doñana como Parque Nacional. Ese hecho ha justificado para muchos reposar el ritmo, mirar hacia atrás y buscar indicios hacia el futuro. Al tiempo, UNESCO decidió conceder al Parque Nacional el máximo reconocimiento mundial posible a su valor natural, el de Patrimonio de la Humanidad. Y sin embargo, no hacen falta discrepancias más o menos profundas, y críticas más o menos justificadas sobre la situación del Parque. Para los ciudadanos españoles la sensación es contradictoria, escuchan voces que les insinúan a Doñana como espejo de catástrofes y desastres, y asisten al tiempo, ligeramente contrariados, a una continua manifestación de reconocimientos, galardones y premios.

He pasado ocho años de mi vida dedicado permanentemente a Doñana; siete días a la semana sin práctica interrupción. He convivido con sus gentes y he creado un equipo. Creo que he entendido algo. Pero a pesar de ello, cada vez que me piden que adivine el futuro, que

lance la sonda sobre lo que puede ser el mañana me embarga la duda, me embarga la duda.

Hace cincuenta años Doñana no existía. Más allá de los ruedos de Almonte y de las veras de Villamanrique apenas el vacío y el silencio. Hectáreas y hectáreas de vacío, marismas y arenas, pastos comunales y cazaderos de ariscrátas. Vacío, vacío. Poca gente, ningún ruido,... No existe la menor duda de que aquel vacío era un paraíso, nadie puede vacilar al aseverar que aquellas tierras formaban parte de la magia más profunda de este planeta. Sin lugar a dudas, aquellas tierras desconocidas eran la mayor concentración de vida de este continente.

Hoy tal vez aún lo son. Y sin embargo casi todo es distinto. Es preciso profundizar en la búsqueda de lo que ha ocurrido, y lo que ha ocurrido ha sido un simple, llano, milimétrico y justificado proceso de colonización. Esa primera premisa a asumir es absolutamente imprescindible si queremos entender Doñana; Doñana ha cambiado y mucho, y no hay inocentes ni

culpables, hay una realidad. El enorme horizonte vacío se ha colmado de cosas, los españoles hemos decidido que parte de ese espacio no fuera vacío y hoy son pueblos, carreteras, arroz, riqueza en suma. Pero, afortunadamente, hemos querido conservar el núcleo de paraíso, el último rincón libre, y lo hemos declarado Parque Nacional. Y es hermoso, y es grande.

Por eso no valen las comparaciones, no vale decir lo que fue y no es, porque lo que fue no es lo que es, porque no se puede comparar una parte con el todo, y lo que nos queda es una parte de un todo, una parte de un todo.

Desde 1969 hemos hecho cosas, muchas cosas. Pero no podía ser menos. Los gestores hemos tenido la inmensa suerte de que, con conocimiento de causa o por mero reflejo condicionado de la presión social, los políticos nos han mimado. Nadie se ha atrevido a llevar la contraria a estos jóvenes airados conservacionistas. Unos y otros nos han mimado. Y eso se nota. Doñana es hoy el Parque Nacional más cuidado de Europa, y resiste con ventaja la comparación con cualquier espacio protegido del mundo. La gestión puede ser buena o mala, el gestor puede ser un genio o un imbecil, pero los medios, los recursos y las personas están ahí. Cualquier comparación con otro lugar de España resulta, sencillamente, sonrojante.

En veinticinco años el Parque ha cobrado existencia, ha robustecido sus mecanismos de gestión, ha avanzado en hacer público lo que consideramos nacional, ha arrancado eucaliptos, consolidado estrategias de manejo de flora y vegetación, ha formado a los mejores gestores en Conservación de la Naturaleza de Europa y ha creado modelos sobre lo que debe ser el Uso Público en espacios protegidos, la investigación o las relaciones con los entornos.

También el Parque se ha dejado pelos en la gatera, muchas veces la crítica debió modularse en un ánimo contemporizador, y tal vez algunas cosas se acercaron demasiado, tal vez alguien encontró argumentos más que sobrados para calificar a los gestores como demasiado pragmáticos. Sí, a veces se debió encarar la alternativa con más contundencia, a veces se confió demasiado en la coherencia, y al final nos



dimos cuenta de que no basta con ser coherente, a veces demasiado tarde.

Al cabo de los años, tenemos un Parque fuerte y reforzado, pero también es verdad que no estamos seguros de que toda esa fuerza sea suficiente de cara al futuro. Las cosas han ido demasiado lejos. Nos rodean demasiadas cosas.

En tiempos de la santificación del desarrollo sostenible como paradigma del futuro del mun-

do rural es evidente que la conservación de un Parque Nacional pasa por el desarrollo armónico y equilibrado del entorno que le rodea. Si la gente que vive alrededor o en el Parque sólo infiere del Parque problemas, conflictos o limitaciones es evidente que su posicionamiento, tarde o temprano, será crítico y destructivo. No descubro nada, sobran ejemplos.

De cara al futuro Doñana va a ser cada vez menos un Parque Nacional y cada vez más un topónimo comarcal. Hace unos años era imposible infundir en las gentes que rodean al Parque, tres provincias, tres horizontes distintos, tres modelos vitales que apenas se parecen, una idea de conjunto. La marisma y las arenas no eran precisamente elementos de unión, más bien al contrario. Al filo de los últimos años las cosas han cambiado mucho. Hoy ya se habla de Comarca de Doñana, y de desarrollo ligado a la denominación doñana y al Parque Nacional. Eso es bueno, de alguna forma hoy se entiende que, fricciones aparte, en el ámbito de un Parque Nacional no se vive mal y algún partido positivo se le puede sacar. Críticas aparte, las cosas son así. Y por eso cada vez más vamos a oír menos hablar del Parque para hablar más

de las cosas que le rodean, del desarrollo coherente que deben articular sus gentes.

De que depende el futuro de Doñana,... pues de algunas cosas muy simples. En primer lugar de que se consolide esa sensación colectiva de que no es malo, y eso pasa por que el entorno se desarrolle, hay que decirlo claro, el entorno de Doñana tiene que desarrollarse, y hay que perderle miedo a la palabra. Porque desarrollo implica hacer cosas concretas, y al igual que todos hablamos de que sí, cuando ponemos los proyectos encima de la mesa, muchos miran, miramos, hacia el tendido. Hacer cosas es hacer cosas, y sólo cuando se empiecen a ver cosas la gente se creará efectivamente que existe un modelo de desarrollo.

En segundo lugar hay que aquilatar la presión que actualmente y de cara al futuro se pueda ejercer sobre el espacio protegido. Es evidente que eso implica algo más que proteger simplemente el espacio declarado Parque Nacional. Ni la fauna ni la flora entienden de límites administrativos y un Parque Nacional no es un zoológico. En consecuencia, la conservación de los recursos genéticos y la permeabilidad biológica del Parque con su entorno es una pre-



misa obligada. Y en este sentido es preciso medir la presión. Lo hemos dicho muchas veces, se puede hacer de todo, pero no se puede hacer de todo ni en el mismo sitio ni al mismo tiempo. Declarar un Parque Nacional, la más dura de las figuras de la Conservación, y poner una zona regable intensiva con agua subterránea, la más dura de las figuras del uso agrario, al lado es, simplemente, inequívocamente conflictivo. En ese sentido no es raro que se pidan distancias, distancias y espacios. Esas distancias y esos espacios no son sólo por una necesidad de los conservacionistas, también es como una necesidad para que la actividad agraria, la turística, la industrial,... puedan desarrollarse sin sentir la espada de damocles permanente de lo que pueda decir el "pepito grillo" de la conservación que se tiene al lado. Pidiendo distancias no se está diciendo que no a nada, simplemente se está queriendo meter criterios de razón en todo.

Bién es verdad que esos criterios de razón en la distribución de usos no siempre se han aplicado en Doñana, y que muchas de las tensiones locales que se aprecian son resultado de esa mala yuxtaposición. Efectivamente, así es, y es verdad que el reajustar esa mala yuxtaposición es un problema de cara al futuro que habrá que defender y plantear. Es cierto, tal vez origine problemas, pero reacondicionar agricultura y usos turísticos en el entorno del Parque Nacional son una cuestión abierta y que en tanto no se cierre, periódicamente cobrará actualidad y tensión.

Resuelto el problema del borde, el futuro de Doñana depende del agua. Si somos capaces de mantener sus aportaciones actuales, en cantidad y en calidad, y recuperar las que se perdieron en el pasado durante los grandes procesos de transformación, probablemente Doñana tendrá futuro asegurado. Algunos caudales están ahí; Hay que cuidar las aportaciones subterráneas, evitar que las extracciones se acumulen y tratar de regular el uso de fitosanitarios. Hay otros caudales que es preciso recuperar, y me estoy refiriendo concretamente al Caño Guadimar y al Caño Travieso. Ambos aportes, perdidos en la década de los cincuenta, se han tratado de recuperar mediante la llamada "regene-



ración hídrica", pero sólo lo han sido en parte, y en el caso concreto del Caño Guadimar queda prácticamente todo el trabajo por hacer. Es evidente que esa recuperación debe producirse, en cantidad y en calidad, y es evidente que en tanto no se produzca la marisma estará un poco huérfana y en cualquier caso, un poco herida.

De cara al futuro Doñana será cada vez más un sitio social, un sitio social en cuyo núcleo se conservará un espacio protegido de valor indudable. Siempre deberá ser un espacio mimado y manejado, siempre será preciso el esfuerzo solidario de todos en su conservación, pero yo creo que, a pesar de las dificultades, no hay razones para ser pesimista. Nada está perdido del todo, nada es irrevocable, el futuro dependerá exclusivamente de la voluntad de los ciudadanos españoles. Si queremos, Doñana podrá seguir siendo grande. ●